

SHAFTESBURY

CARTA SOBRE  
EL ENTUSIASMO

&

«SENSUS COMMUNIS»  
ENSAYO SOBRE LA  
LIBERTAD DE INGENIO  
Y EL HUMOR

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE EDUARDO GIL BERA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A Letter Concerning Enthusiasm  
& Sensus Communis*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2017 by Eduardo Gil Bera  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-44-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 9802-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*Ridentem dicere verum quid vetat?*<sup>1</sup>

*Septiembre de 1707*

Señor:

Ahora que habéis regresado a ..., y antes del comienzo del curso político que os ocupará con asuntos más importantes, si queréis distraeros un poco con reflexiones ociosas que tan sólo pretenden divertir y no tienen la menor relación con negocios ni compromisos, podéis echar una ojeada al texto presente y, si hay algo interesante, leerlo en un momento libre.

Era costumbre de los poetas invocar a una Musa al inicio de sus composiciones, y esa práctica de los antiguos adquirió tal prestigio que incluso en nuestros días la encontramos imitada casi a cada paso. Ya imagino, señor, que esa imitación convencionalmente aceptada os ha chocado de un modo u otro, habituado como estáis a examinar las cosas con mejor criterio que la

<sup>1</sup> Horacio, *Sátiras*, 1, 24-25: «¿Qué me impide decir la verdad con una sonrisa?».

moda o el gusto corriente. Sin duda habéis observado el singular embarazo de nuestros poetas cuando se ven obligados a adoptar ese papel, y quizá os habéis preguntado por qué ese tono de entusiasmo, que le sienta tan bien a un antiguo, resulta tan soso y desmañado en un moderno. Pero se trata de una duda que vos mismo habéis resuelto, y que no puede servir más que para recordaros una reflexión que habéis hecho con frecuencia, a saber, que la verdad es la cosa más poderosa del mundo, porque hasta la ficción debe ser gobernada por ella y sólo puede agradar gracias a su semejanza. Para la representación agradable de cualquier pasión es imprescindible la apariencia de realidad. Y para conmover a los demás, primero hemos de conmovernos nosotros mismos, o al menos parecerlo por razones verosímiles. Ahora bien, un moderno que jamás haya venerado a Apolo, o reconocido divinidades como las Musas, ¿cómo logrará persuadirnos para que compartamos su pretendida devoción, y atraernos con su falsa piedad hacia una religión caduca? Sin embargo, es sabido que los antiguos hacían proceder tanto la religión como la política del arte de las Musas. ¿Qué más natural en cualquiera, pero especialmente en un poeta de aque-

lla época, que apelar con fervor arrebatado a las reconocidas protectoras del ingenio y la ciencia? El poeta podía fingir un arrebatado verosímil, aunque no lo sintiera, e incluso aunque fuera mera simulación podía parecer algo natural y no dejar de agradar.

Pero pudiera suceder, señor, que el caso ocultara otro misterio. Los hombres, ya sabéis, son pasmosamente hábiles cuando se empeñan en el arte de engañarse a sí mismos. Y un mínimo vestigio de pasión nos puede bastar no sólo para simularla bien, sino para transportarnos más allá de nuestra propia capacidad. De modo que, con una pizca de amaneramiento en materia amorosa y la ayuda de un cuento o una novela, un muchacho quinceañero o un circunspecto cincuentón pueden convertirse en perfectos fatuos y experimentar la *belle passion* con toda seriedad. Si se alienta el resentimiento de un hombre de natural tolerante y benévolo puede convertirse en una auténtica furia vengativa. Incluso un buen cristiano que siente el deseo de mejorar y piensa que nunca cree lo bastante, si cultiva con esmero esa leve inclinación, puede ampliar su fe lo bastante como para abarcar en ella no sólo los tradicionales milagros de las Escrituras, sino un nutri-

do sistema entero de cuentos de abuelas. Si fuera preciso, podría recordaros a un prelado cristiano eminente, instruido y sincero que conocisteis y que habría podido ofreceros un informe detallado de su creencia en las hadas. Y eso, me parece, puede servir para mostrar hasta qué punto podía realizarse la fe de un poeta antiguo con la ayuda de su fantasía.

Pero nosotros los cristianos, que poseemos una fe tan generosa, no dejamos nada a los pobres paganos, que tienen que ser infieles en todos los sentidos. Ni siquiera les concedemos que tuvieran fe en su propia religión, que consideramos demasiado absurda como para que nadie crea en ella, salvo el mero vulgo. Ahora bien, si un reverendo prelado cristiano puede mostrar una fe tan voluntariosa como para creer en las hadas, más allá de la prescripción ordinaria de la Iglesia católica, ¿por qué no admitir que, conforme al uso de su religión, un poeta pagano pueda creer en las Musas? Pues ellas, como sabéis, eran personajes divinos en el credo pagano, esenciales en su sistema teológico. Eran diosas que tenían sus templos y cultos, igual que las demás divinidades, y no creer en las Nueve Divinidades o en su Apolo era lo mismo que negar al propio Júpiter, y

sin duda la mayoría de personas sensatas lo consideraba igualmente impío y ateo. ¡Qué gran ventaja tuvo que representar para un poeta antiguo ser así de ortodoxo y, con la ayuda de su educación y un poco de buena voluntad, convencerse para creer en la divina presencia y en la inspiración celestial! Sin duda, los poetas de entonces no pusieron en cuestión la revelación, ya que beneficiaba tan notoriamente a su arte. Al contrario, no podían dejar de alentar su fe todo lo posible porque un solo acto de fe ciega les permitía elevarse hasta alcanzar tan angelical compañía.

Cuánto tiene que exaltar al genio poético semejante presencia divina es algo que podemos deducir de la influencia que ejerce sobre los hombres una presencia corriente. A nuestros ingenios modernos los estimula en mayor o menor medida la opinión que tienen de su entorno, así como la idea que ellos mismos se hacen de las personas a quienes se dirigen. Cualquier actor de teatro nos hará saber que una audiencia numerosa y selecta lo exalta por encima de lo común. ¿Acaso al pensamiento y al genio de alguien como vos, señor, que sois el más noble actor, intérprete del más noble papel que puede desempeñar un mortal en este escenario terrenal cuando actuáis a favor de

la libertad y la humanidad, no le aporta nada la presencia de público, de vuestros amigos y de los simpatizantes de la causa? ¿Acaso mostráis la misma agudeza intelectual y la misma poderosa elocuencia que en privado, y podéis servir de ellas a cualquier hora, solo o en compañía de quien sea, o en cualquier momento sereno y tranquilo? Creo que eso sería más propio de un dios, y me temo que la humana condición no llega a tanto.

Por mi parte, señor, preciso tanto de la presencia de una persona o compañía de valor para elevar mis pensamientos en cualquier ocasión que, cuando estoy solo, he de esforzarme mediante el recurso de la imaginación para suplir esa carencia y, a falta de una musa, tengo que volverme hacia algún gran hombre de singular ingenio, cuya presencia imaginada pueda inspirarme con algo más de lo que siento en circunstancias cotidianas. De modo, señor, que he escogido dirigirme a vos, sin revelar mi nombre, mas concediéndoo, como a un extraño, la total libertad de leer sólo aquello que os plazca, aunque reservándome el privilegio de imagináros leyéndolo todo, con la particular atención de un amigo al que me estuviera permitido tratar con la intimidad y libertad que siguen.